

>

B	I	O			
		G	R	A	
F	Í	A	S	Y	
	E	N	S	A	
			Y	O	S

Iglesia parroquial y casco urbano. (Foto JAP)



ALLOZA: UN DESTINO ENRAIZADO EN EL PASADO

FERNANDO AÍNSA AMIGUES
ESCRITOR

Al pueblo de Alloza se puede acceder desde diferentes direcciones. La más espectacular es desde Andorra, ya que al llegar al punto más alto de la carretera se divisa la hoya en que está situado el pueblo con el campanario de la iglesia de la Purísima Concepción sobresaliendo del abigarrado conjunto de casas del centro urbano, los campos y pinares de sus alrededores y el famoso calvario y su ermita a su izquierda. La ancha carretera serpenteando hacia abajo ofrece un panorama ante el cual vale la pena detenerse por un instante. Esa abrigada hondonada justifica la nombradía de Alloza como enclave privilegiado, protegido de las inclemencias y rigores excesivos del tiempo, lo que da feracidad a sus campos y hace agradable la vida, según me han confesado algunos de sus habitantes y ya escribiera, con prosa galana, el mercedario Fray Ramón Lisbóna en 1846:

Para que se puedan formar una idea general de la situación general de este pueblo, concluyo por decirles que colocado yo en la parte

superior de él y viéndome rodeado de sembrados, que agitados por el viento se parecen a las olas de los mares, me figuro encontrarme en una isla. Por la parte oriental y norte se extiende la hoya, por el sur los caseríos se bajan gradualmente hasta llegar al llano, y por el occidente, entre las laderas de montañas y el pueblo, serpentea un arroyuelo por una rambla espaciosa, en cuyas orillas se ven algunos huertos, varios olivos y moreras¹.

Cuando se llega a Alloza por el acceso de Andorra se ve un pequeño monumento junto a un panel que describe lo mejor del pueblo: su iglesia, su calvario y la plaza del Ayuntamiento. Son dos piedras cónicas de moler y extraer aceite a la vieja usanza, recuperadas del antiguo molino como objeto artístico, mientras ahora el aceite se produce en una moderna planta de la coo-

1

Texto proporcionado en fotocopia del manuscrito de Fray Ramón Lisbóna por Alfredo Andreu Alquézar, vecino de Alloza nacido en Alacón y criado en Oliete y amigo de vieja data.



Vista de Alloza desde el Calvario. (Foto JAP)

perativa de San Blas, en la zona industrial de la carretera de Andorra, polígono situado al borde de esa misma carretera.

También se puede llegar a Alloza desde Estercuel y Crivillén, por una carretera comarcal a través de los que fueran los emblemáticos pinares destruidos parcialmente en el incendio que asoló la zona el 25 de julio del 2009. Por esa carretera he ido algunas veces a desayunar a la Venta de la Pintada (vecina a Gargallo) unos memorables huevos al salmorejo con sus debidos ingredientes: chorizo, longaniza, jamón, cinta de cerdo, espárragos, ajo y el imprescindible vasito de vino blanco vertido al final. Es esa una excelente mesa donde pueden asimismo degustarse truchas rellenas de jamón, judías con oreja y una buena variedad de setas en temporada.

Para llegar a Alloza, hay además un escabroso desvío de la carretera de las minas entre Ariño y Andorra, poco recomendable y que no figura en ningún mapa, pero ofreciendo paisajes que la vista agradece. Son

cuatro kilómetros que exigen una buena mano al volante.

Una ruta tan anacrónica como pintoresca

Sin embargo, el acceso que prefiero –y utilizo más a menudo– es el que viene desde Oliete. Un desvío hacia mano derecha frente a la sima de San Pedro en la carretera, recientemente remodelada entre Oliete y Ariño, nos lleva hacia Alloza por un tortuoso y tan pintoresco como anacrónico camino (A-1402) que va esquivando campos con inútiles curvas.

Desde Oliete, cuando voy a Alloza en compañía de José Carod, me va dando los nombres de cada uno de los parajes que atravesamos (Valdemoro, Barranco de la Viña, Campillos) y un día, con José Luis Pérez, visité su olivar enclavado en una ladera de esa carretera, paraje llamado de las Albarizas, cuyo suelo es un fantástico muestrario mineral de la variedad geológica de la zona. Olivares, muchos de ellos

yermos, jalonan esa ruta. Varias veces se ha hablado de su modernización y en dos ocasiones se ha marcado con piquetes el nuevo trazado, pero –crisis mediante– se ha ido postergando esa obra que los allocinos consideran imprescindible para desenclavar su comarca hacia Albalate del Arzobispo, Híjar y Zaragoza.

En una de esas curvas, apenas cruzado el río Escuriza, y antes de llegar a la huerta de Alloza, en la partida del Plano del Río, nos topamos con tres casas idénticas que me han sorprendido siempre y alguna vez he fotografiado. Son los mases de los Botos –según he podido leer en la revista digital *La Contornada*, que edita el CELAN– que su propietario construyó para cada uno de sus tres hijos, conservados perfectamente: el del centro con su fachada pintada de blanco. En estos mases se quedaban a dormir solo cuando había que regar o hacer faenas como entrecavar o segar alfalces. En esa tierra feraz y bien irrigada plantaban de todo: maíz, hortalizas,

remolacha, patatas, judías, tomates, pepinos, calabazas..., y fruta, abundante de la que se conservaba, manzanas sobre todo y peras, melocotones, ciruelas, matachicos y alguna cereza.

Poco después se llega a la huerta al pie del pantano Escuriza, una de las tres huertas de Alloza (las otras en Los Barrancos y en El Cañizar, a orillas del río, donde los vecinos de Alloza cultivan sus frutas y hortalizas y han edificado chalets y casas precarias, excavado alguna piscina y se reúnen familiares y amigos los fines de semana alrededor de una barbacoa. Más de una vez he pasado, en la agradable compañía de una peña local, un día de domingo en alguna de esas casas de confort variable. La tradición recuerda que el primer domingo de septiembre, llamado del Ángel, se pasaba el día en el río, con toda la familia, donde las cuadrillas de jóvenes engalanaban los carros con hierbas, flores y ramas y volvían cantando al pueblo. Tradición, como tantas otras, olvidada.



Mas de los Botos. (Foto Julio García-Arárez)



Ayuntamiento y plaza Mayor. (Foto JAP)

Antes de llegar a Alloza, en la zona de los Corrales, val de los Trillos y la catarra, junto a la margen izquierda de la carretera existen las ruinas de una antigua fábrica de yeso que cocía el aljez extraído en el Monte Oliete, considerado excelente porque –bien trabajado– “moría en las manos”. Hasta el día de hoy el Yeso Aragón es una marca implantada en toda España. Cerca de ese punto, en la bajada del río, existía una fábrica de harina, hoy desafectada, a la que se llevaba el trigo para molerlo. Restos del pasado industrial de un pueblo que tuvo en el alumbre uno de sus recursos más explotados (llegó a tener 20 fábricas), como la seda producida por activos gusanos alimentados por los campos plantados de moreras.

Conservar el patrimonio para mejor valorarlo

El mejor modo de conocer Alloza y valorar su patrimonio histórico es en compañía de Josefina Lerma Loscos, economista e historiadora, que ha consagrado buena parte de su vida a investigar el

pasado del pueblo de sus antepasados. Autora de un libro imprescindible, *Alloza en los siglos XIX y XX*, de estilo ameno y rigurosamente documentado y de numerosos textos sobre el Calvario de Alloza, nos sirvió de guía un asoleado Viernes Santo de la pasada primavera. Nos citamos en la lonja bajo los soportales del Ayuntamiento, frente a la ermita de San Blas, un edificio de una sola nave de dos tramos, construido en ladrillo y una portada adintelada entre pilastras y adornada con frisos y molduras, hoy convertida en almacén agrícola con una lamentable puerta metálica que afea el conjunto.

Desde allí fuimos recorriendo las calles hacia lo alto, cantones empinados que ascienden hasta la iglesia parroquial de la Purísima Concepción, un edificio construido en el siglo XVII, que cuenta con tres naves de cuatro tramos y cabecera rectangular. Destaca del conjunto del templo la elevada torre barroca en ladrillo formada por cuatro cuerpos, que van disminuyendo la sección en altura. La portada del templo es muy sencilla, formada por un arco de



Fernando Ainsa y Josefina Lerma en su recorrido por Alloza en la primavera de 2014.

medio punto entre columnas adosadas y con hornacina bajo un frontón curvo. A esta iglesia en mis visitas ocasionales a Alloza he concurrido en cuatro oportunidades y por motivos muy diversos: el bautizo de Berta, los casamientos de Sonia y Vanesa, y el funeral de Luisa. Acontecimientos tristes y alegres que han unido mi destino al de Alloza.

Este Viernes Santo estoy con Josefina Lerma frente al portal y nos fotografiamos con el calvario de Alloza al fondo. Me explica que en la ladera orientada hacia la rambla, hoy convertida en paseo hacia el calvario, estaba el antiguo cementerio, siguiendo la tradición medieval de los camposantos anexos a las iglesias. Ahora, una terraza arbolada con algunos olivos, se abre al paisaje donde al fondo se divisa el nuevo cementerio y en primer plano la carretera con los edificios del grupo escolar edificado en los años treinta del siglo pasado, durante la II República, tras encendidos debates y tajantes divisiones de opinión entre quienes pensaban que “la educación es solo para los ricos” y quienes veían en

la enseñanza la mejor herramienta para la emancipación y el desarrollo.

Josefina me cuenta cómo Alloza fue pionera en materia educativa en la comarca con la Escuela de Gramática fundada en la época de la Ilustración bajo el reinado de Carlos III. Preocupación reactualizada estos últimos años en diferentes proyectos no siempre felizmente culminados. Alfredo Andreu, hombre de la comarca, criado en Oliete, de padres de Alacón y afincado desde larga data en Alloza, me resaltaré el papel que ha cumplido el instituto de enseñanza media de Andorra, hoy Pablo Serrano, al acercar estudiantes de diferentes pueblos a sus aulas y propiciando provechosos intercambios culturales. Allí, el alaconés olietano Alfredo conoció a la allocina Luisa, la que sería esposa y madre de sus dos hijos.

Alloza tuvo su judería y su barrio morisco, ambos esfuminados hoy en las callejuelas que ascienden y descienden esa colina que corona la iglesia parroquial. Al bajar, pasamos ante la casa de turismo rural La Ojinegra, con su restaurante ecológico El



A. Casas, calvario y huertos vistos desde la iglesia. B. Ermita de San Blas. C. Calle Carralafuente. D. Escuela pública construida en la II República. (Fotos JAP)

Morral de la Ojinegra, que organizó el año pasado –en cooperación con la Asociación Aragonesa de Escritores– encuentros poético-gastronómicos. El escritor invitado debía enviar el nombre de los ingredientes que quisiera ver reflejados en el menú que acompañaría su recital poético. El resultado: un éxito para degustar buena poesía y mejores platos.

El patrimonio natural y arquitectónico de Alloza tiene en su calvario la “joya de la corona”, no solo de la comarca Andorra-Sierra de Arcos a la que pertenece, sino de Aragón y de España. Mantenido con cuidado por sus habitantes, las capillas de cada una de sus estaciones, levantadas entre los más de 200 añosos cipreses presididos por el “ciprés madre” con 500 años de edad, ascienden una colina enjardinada y con rumorosas fuentes, hasta lo alto, donde está la iglesia o ermita del Santo Sepulcro, que data de principios del siglo XVIII y ha sido recientemente restaurada, que en Semana Santa forma parte del recorrido de procesiones y “tamboradas”. Al pie del ciprés madre se celebró el pasado 26 de abril el Día del Árbol, donde tuve la satisfacción de leer un poema dedicado al calvario que ha difundido el CELAN en sus publicaciones.

No es únicamente este monumento el que conserva Alloza como patrimonio del pasado: los antiguos lavaderos públicos situados en la salida hacia Oliete, donde las mujeres se reunían y algunas lo siguen haciendo junto al modesto curso de agua que lo atraviesa, son siempre objeto de visitas. En La Contornada de Alloza, celebrada en el 2009, el pueblo revivió muchas de sus olvidadas tradiciones y oficios: herrerías de forja a la antigua usanza, carpinterías con herramientas hoy objeto de codicia de anticuarios, tejedurías con lana cardada, bordados en lienzos, fabricación artesanal de jabón y esos lavaderos donde las mujeres repetían olvidados gestos. Fue un gusto pasearse entre el pasado revivido en indumentarias y degustando platos típicos. Un gusto que reaparece anualmente en la “Feria de ropa y artesanía” que se celebra en agosto.

En los últimos quince años la música ha pasado a ser un hecho cultural importante en Alloza. El pueblo está dotado de un grupo de Tambores, Bombos, Cornetas y Trompetas, presente en las procesiones de la Semana Santa y en la organización de Tamboas. En el año 2003 recuperó su Danza Popular, en el que un grupo de dulzaineros y niños danzantes del pueblo bailan



A. Cipreses y camino del calvario. B. Restaurante ecológico El Morral de la Ojinegra. C. Lavaderos municipales en calle Carralafuente. (Fotos JAP)



Monolito en la entrada del parque escultórico Los Barrancos. (Foto JAP)



Coru-Hué, obra del escultor argentino Claudio Cappello en el parque Los Barrancos. (Foto JAP)

y tocan en honor de san Blas. Más recientemente, la antigua y aún duradera rondalla del pueblo está enseñando a los más jóvenes los bailes, cantos y canciones de jota, para que en un futuro puedan ser sustituidos. También existe un pequeño grupo de jóvenes del pueblo, que han organizado una Charanga/Banda de Música, en la que en pequeños actos van mostrando su aprendizaje y que en un futuro esperan animar las fiestas de Alloza.

La escultura moderna encuentra su espacio

A las afueras del municipio, junto a la entrada de la escalinata que asciende hacia la ermita del calvario se abre un paseo integrado plenamente en la naturaleza, donde a iniciativa del escultor Jaime Lorenz Baeta, se inauguró en agosto del 2008 el “Parque Escultórico Los Barrancos”. El paseo se inicia con el monolito en alabastro y hierro, situado a la entrada, obra de los maestros artesanos del hierro Daniel y Esteban Ferrer (padre e hijo), prosigue con una escultura, *Hippocampus*, del creador del parque, donde un conjunto de caballitos de mar representan la unión entre la tierra y el mar. A lo largo del camino empedrado que va hacia el acueducto del

Gallipiente, realizado en piedra tallada, y a la fuente natural “Fuente de las Señoritas” se suceden otras esculturas como la recientemente inaugurada (el 15 de agosto pasado) *Dama acostada*, del escultor argentino Claudio Cappello, del que ya existe la escultura *Coru-Hué*; obras de Joaquín Macipe, autor de una de las esculturas más emblemáticas del parque, *El guardián*; de José Amador (*Las rosas de san Blas*); Jaime Lorén y Simón Domingo, hasta un total de ocho. Recientemente lo he recorrido con la alegría y la satisfacción de ver cómo el pasado revalorizado en otros monumentos se concilia con la modernidad, una feliz alianza que no todos los pueblos saben armonizar.

El pasado minero

La actividad minera fue importante en Alloza porque buena parte de las minas estaban situadas en su término municipal, aunque hoy está en decadencia. Joaquín Martín, perteneciente a una familia de larga ascendencia local, hijo de padre minero, fue también minero y en su confortable casa decorada con los cuadros de su esposa Manolita Oliete recuerda sus años de trabajo en la mina La Oportuna: de 1960 a 1993, cuando la mina

fue comprada por Endesa. Inaugurada en 1950, con sus 45 kilómetros de galerías en 12 plantas subterráneas hasta 640 metros de profundidad, Joaquín, sumido en las profundas galerías, acompañó por más de treinta años la extracción de más de once millones de toneladas de carbón que alimentaban la central térmica de Escatrón y luego la de Andorra, dando trabajo a 1900 trabajadores provenientes de una cuenca que iba de Muniesa a la propia Andorra, pasando por Oliete y Ariño. Trabajo duro, aunque bien remunerado, Joaquín rememora los años en que la vida de Alloza y los pueblos vecinos dependían de la mina, salida laboral que frenó la emigración rural hacia Cataluña y Zaragoza, aunque no llegó a eliminarla, ya que en los años 50 y 60 volvió a intensificarse.

Cerrada definitivamente en junio del 2005, una parte de sus tierras se explotan ahora a cielo abierto. Otras tierras se han reforestado, se han plantado viñas y cerezos cultivados por una cooperativa promovida por Endesa. ¡Y hasta se ha instalado un criadero de cerdos al borde de la carretera!

Son también los años de la explotación minera de La Innominada, inaugurada en 1956 y cerrada en mayo de 1995 por agotamiento del yacimiento minero, que llegó a tener 900 trabajadores, la mayor parte bajo tierra y un pequeño porcentaje en la administración.

Joaquín, prejubilado como muchos de sus compañeros mineros, se orientó a la agricultura: explotó olivares con moderna maquinaria para la recolección, plantó almendros cuya producción ha vendido a una fábrica de turrón en Alcañiz, formó parte de la junta administradora de la cooperativa San Blas, que produce aceite de excelente calidad gracias a la variedad royal exclusiva de la zona (se cultiva también en Jaén). Ahora, se ha jubilado defini-

tivamente y disfruta de sus cinco nietos, que corretean por la casa mientras dialogamos. “Fuiste un emprendedor”, le digo. “Como muchos de este pueblo –me responde–, el problema es la constancia. Seguir, saber continuar...”

Una raíz ibérica siempre presente

Lo mismo me dirá con otras palabras Alfredo Andreu: “Alloza ha sabido batirse por proyectos, algunas veces con más voluntad que éxito: defender las tierras explotadas en minas a cielo abierto para promover su reforestación y cultivos agrícolas, negociar con Endesa para instalar la nueva cooperativa aceitera en sustitución de la antigua cooperativa, cuyas piedras de moler son ahora esculturas que dan la bienvenida a Alloza cuando se llega desde Andorra, obtener otros beneficios para el pueblo”. Luchas que pueden remontarse en la historia en las que ha tenido –según me afirma y me recuerda días después no olvidar mencionar en mi texto– un papel preponderante de la mujer allocina, mujer luchadora y emprendedora. Mujeres que han sabido defender en asambleas y conflictos lo mejor de su condición para lo mejor del pueblo, entre otras, su esposa Luisa, recientemente fallecida.

“Es el carácter íbero”, la raíz ibérica de este pueblo que Alfredo reivindica como un pasado siempre vigente, porque es bueno recordar que en su término municipal, en el paraje conocido como El Castellillo, se encuentra un importante yacimiento ibérico (s. VI a. C.) en un cabezo muy escarpado, en cuyas laderas se agrupan las viviendas del poblado. Situado a dos kilómetros de Alloza, en la carretera que conduce a Oliete, ese pasado íbero –como El Palomar en Oliete– marcaría, según Alfredo, el carácter emprendedor y luchador que han demostrado a lo largo de la historia las allocinas y allocinos. Ojalá tenga razón.